

plendor y de alegría. De ella, solo de ella necesitaba para cumplir su misión, pues el día en que hubiera salvado á la mujer, el mundo estaría salvado.

Dulcemente, le dijo:

—Dame tu mano, Josina, tu pobre mano herida.

Y ella le dió la mano, aquella á que faltaba el dedo índice, cortado, arrebatado por el engranaje de una máquina.

—Es muy fea;—murmuró ella.

—¡Fea! ¡Ay! no, Josina; para mí es tan querida, que de toda tu persona adorada ella es lo que yo beso con mayor devoción.

Había aplicado sus labios á la cicatriz, y cubría de caricias la mano pequeña, débil, mutilada.

—¡Oh cuanto me quiere usted, Lucas, y cuanto le quiero!

Tal fué el grito encantador, el grito de dicha y de esperanza que los reunió en nuevo abrazo. Fuera, sobre Beauclair hondamente dormido, pasaban los ruidos de los martillos, el retumbar del acero de la Crêcherie y del Abismo, luchando con el trabajo nocturno. Y sin duda, la guerra no había concluído, la terrible batalla entre ayer y mañana iba á ser más encarnizada. Pero en medio de los mayores tormentos, un descanso de felicidad habia venido, y fueren los que fueren los padecimientos todavía, arrojada estaba la inmortal semilla del amor para las cosechas futuras.

III

Y desde entonces este fué el grito de Lucas á cada nuevo desastre que hería á la Crêcherie, cuando los hombres se negaban á seguirle y dificultaban la fundación de su ciudad de trabajo, de justicia y de paz.

—¡Es que no aman! si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol.

Llegaba su empresa á la hora angustiosa y decisiva de la regresión, del paso atrás. En toda marcha hacia adelante, llega esta hora de la lucha, de la parada forzosa. No se avanza, hasta se retrocede, el terreno ganado parece hundirse, y que jamás se llegará al fin. Y esta es la hora también en que se prueban los héroes con su firmeza de alma, su indomable fe en la final victoria.

Al día siguiente, Lucas procuró retener á Ragú que quería romper el trato y dejar la Crêcherie para volver al Abismo, pero tropezó con una voluntad maligna y amiga de burlas que gozaba haciendo mal en el momento en que la deserción de los obreros podía arruinar la fábrica. Pero habia también algo más profundo; la nostalgia del trabajo esclavo, del tornar á la miseria negra, nauseabunda, á todo el repugnante pasado, que seguía en la sangre. Al tibio sol, en la alegre pulcritud de su casita rodeada de verdores, Ragú echaba de menos las calles estrechas y pestíferas del viejo Beauclair, las casuchas leprosas á través de las cuales corría el soplo de la peste. El olor acre de la taberna de Caffiaux le asediaba, cuando pasaba una hora en la gran sala clara de la Casa-Comunal, donde el alcohol estaba prohibido. El buen orden de los Almacenes

cooperativos le disgustaba también, le inspiraba el deseo de gastar su dinero á su antojo en las tiendas de la calle de Brias, á cuyos dueños, él mismo llamaba ladrones, pero con los cuales se daba el gusto de disputar. Cuanto más Lucas insistió haciéndole ver la sin razón de su partida más se obstinó Ragú, pensando que si tanto empeño había en retenerle, era porque marchándose causaba daño.

—No, no señor Lucas, esto no tiene arreglo. Puede que haga yo una barbaridad, aunque no me lo parece... Me ha prometido usted torres y montones; íbamos á hacernos todos millonarios; y la verdad es que no ganamos más que en otra parte, y además aquí hay ciertas molestias, á lo menos para mi gusto.

Era verdad, la distribución de las ganancias, en la Crêcherie, no había alcanzado hasta entonces una cifra sensiblemente superior á los salarios del Abismo.

—Pero vamos viviendo,—respondió con animación Lucas.—¿Y no basta con eso cuando el porvenir es seguro? Si os he pedido sacrificios fué con la convicción de que al final está la dicha de todos. Pero hace falta paciencia y valor, fe en la empresa, y además mucho trabajo.

Tal lenguaje no podía conmover á Ragú, solo una frase le había llamado la atención, y dijo con fisga:

—¡Bah! la dicha de todos, eso es muy bonito. Pero yo prefiero empezar por la mía.

Entonces, Lucas le dijo que era libre, que le arreglarían la cuenta para marcharse cuando quisiera. En rigor, no tenía ningún interés en conservar á un mal hombre cuya presencia llegaría á ser un contagio funesto. Pero la marcha de Josina le desgarraba el corazón, y se sintió algo avergonzado al descubrir que, si tanto empeño ponía en retener á Ragú, era por retenerla á ella. La idea de que volvía á la cloaca del Beauclair viejo, en manos de aquel hombre que otra vez entregado al alcohol continuaría maltratándola, era para él insoportable. Volvía á verla en

la calle de las Tres-Lunas, en inmundo aposento, presa de la miseria sórdida y mortífera; y no estaba él allí para velar por ella; y ahora era suya, y hubiera querido no dejarla ni un minuto, para asegurarle una vida feliz. A la noche siguiente volvió ella á verle, hubo entre ellos una escena cruel, lágrimas, juramentos, proyectos locos. Sin embargo, venció la prudencia; había que aceptar los hechos, sino querían comprometer la empresa que ya era de ambos. Josina seguiría á Ragú, á lo que no podía negarse sin promover un escándalo peligroso; en tanto que Lucas en la Crêcherie, continuaría su batalla para el bien de todos, con la convicción de que la victoria, algún día, volvería á juntarlos. Eran muy fuertes porque llevaban consigo al amor invencible. Prometió ella que volvería á visitarle. Pero aún así se les desgarraba el corazón al despedirse, y cuando al día siguiente la vió abandonar la Crêcherie detrás de Ragú que ayudado por Bourron empujaba en un carri-coche el pobre ajuar de la mudanza.

Tres días después, Bourron seguía á Ragú á quien veía todas las noches en casa de Caffiaux. Tales bromas le daba su amigote con motivo de la horchata de la Casa-Comunal que creyó hacer una hombrada, de hombre libre, volviendo él también á vivir en la calle de las Tres-Lunas. La mujer de Bourron, Babette, después de intentar oponerse á tamaña necedad acabó por resignarse, contenta como siempre. ¡Bah! Todo iría bien de todos modos, su marido en el fondo era un excelente sujeto que tarde ó temprano vería claro. Y reía, y levantó la casa diciendo «hasta la vista» á los vecinos, pues no podía creer que no había de volver á aquellos bonitos jardines donde tanto gozaba. Sobre todo, pensaba traer á ellos á su hija Marta y á su hijo Sebastián que hacían grandes progresos en la escuela. Y al proponerle Sœurette que siguieran asistiendo á ella, consintió.

Pero lo que agravó la situación fué que otros obreros cedieron al contagio del mal ejemplo marchándose como

Bourron y Ragú. Les faltaba la fe, tanto como el amor, y Lucas luchaba con la mala voluntad humana, la cobardía, la defección, contra las que se choca en cuanto se trabaja para el bien de todos. Hasta en el mismo Bonnaire tan razonable, tan leal, adivinó una oculta vacilación. Turbaban el matrimonio las diarias disputas de la Pelos cuya vanidad no estaba satisfecha, pues no había podido comprar todavía el vestido de seda y el reloj que deseaba desde su juventud.

Luego, las ideas de igualdad, de comunidad, la enfadaban, siempre pesarosa de no haber nacido princesa. Por ella, toda la casa era una tormenta, tenía á ración de tabaco al tío Lunot con mas rigor cada día; zarandeara á los niños Luciano y Antonieta. Habían tenido otros dos, Zoé y Severino, y esta era también una desgracia que no perdonaba á Bonnaire echándoselos en cara sin cesar como si fueran fruto de sus ideas subversivas, de las cuales ella también se creía víctima. No perdía la calma Bonnaire, habituado á tales tempestades, que no hacían más que entristecerle. Ni siquiera respondía cuando ella gritaba que no era más que un bestia, un bobalicón que dejaría los huesos en la Crêcherie.

Sin embargo, Lucas comprendía que Bonnaire no estaba de todo corazón con él. Jamás se permitía una censura, seguía siendo el obrero activo, exacto, concienzudo que daba ejemplo á los compañeros. Y á pesar de esto, en su actitud había desaprobación, casi cansancio y desaliento. Esto hacía padecer mucho á Lucas, desesperado al ver que un hombre á quien tanto estimaba, cuyo heroísmo conocía, se apartaba de él tan pronto. Si éste dejaba de creer ¿sería porque la empresa era mala?

Una tarde, al obscurecer, tuvieron una explicación á la puerta de los talleres, sentados en un banco. Se habían encontrado al ponerse el sol, bajo un ancho cielo tranquilo, y se sentaron y hablaron.

—Sí, señor, es verdad,—respondió francamente Bonnai-

re á una pregunta;—tengo grandes dudas respecto del buen éxito. Recordará usted además que nunca he tenido sus ideas, y que su tentativa siempre me ha parecido mal desde el punto de vista de las concesiones. Si me he presado á ella fué como á un experimento. Pero ¡según adelantán las cosas, veo que no me he equivocado. El experimento está hecho, va á haber que intentar otra cosa, obrar revolucionariamente.

—¡Cómo que el experimento está hecho!—exclamó Lucas.—¡Oh! Estamos comenzando. Esto exigirá años, muchas vidas de hombres acaso, un esfuerzo secular de buena voluntad y de valor. ¡Y es usted, amigo mío, usted el enérgico, el bravo quien duda tan pronto!

Le miraba, fijándose en su torso de coloso, su ancha faz apacible donde se leía tanta fuerza honrada. Pero el obrero movió suavemente la cabeza.

—No, no, la buena voluntad y el valor no harán nada. Es que el método de usted es demasiado suave, cuenta demasiado con la prudencia de los hombres. Esa asociación del capital, del talento y del trabajo caminará siempre á tropicónes sin fundar nunca nada sólido y definitivo. El mal ha llegado á tal grado de abominación que hay que curarlo con el hierro candente.

—¿Entonces que hay que hacer, amigo mío?

—Es preciso que el pueblo se apodere en seguida de los instrumentos de trabajo, que arranque el capital á la clase burguesa, disponiendo de él por sí mismo para reorganizar el trabajo universal y obligatorio.

Y una vez más expuso Bonnaire sus ideas. Seguía entregado por completo al colectivismo, y Lucas que le escuchaba con pena, se asombraba de no haber adelantado nada en este espíritu reflexivo, pero obtuso. Tal como le había oído hablar en la calle de las Tres-Lunas, la noche en que había dejado el Abismo, así volvió á encontrarle, con el mismo pensamiento revolucionario: sin que los cinco años de experiencia comunista, pasados en la Crêcherie,

hubiesen modificado su fe. La evolución era demasiado lenta, el progreso sólo por la asociación pediría todavía muchos años, y él se cansaba, no creía más que en la revolución inmediata y violenta.

—No se nos dará jamás lo que nosotros no tomemos,— dijo concluyendo.—Hay que tomarlo todo para tenerlo todo.

Callaron. Se había puesto el sol. Los relevos de noche habían vuelto al trabajo en el fondo de los talleres retumbantes. Y en este esfuerzo continuo de la faena, Lucas se sentía invadido por una indecible tristeza, viendo que su empresa iba también á comprometerse por la prisa de los mejores por salvar su ideal. ¿No eran muchas veces la batalla furiosa de las ideas quien estorbaba y retardaba la realización de los hechos?

—Yo no quiero discutir de nuevo con usted, amigo mío,—añadió al fin.—No creo que una resolución decisiva sea posible y buena en las circunstancias en que estamos. Y sigo convencido de que la asociación, la cooperación, ayudadas por los sindicatos, son el lento camino preferible que nos conducirá á la ciudad prometida... Muchas veces hemos hablado de esto sin poder entendernos. ¿Para qué empezar otra vez y molestarnos inútilmente?... Pero lo que espero de usted, es que seguirá siendo fiel á la casa que juntos hemos fundado, en las dificultades que atraviesa.

Bonnaire hizo un ademán brusco de enojo.

—¡Oh! Señor Lucas, ¿ha dudado usted de mí? Bien sabe que no soy un traidor, y que ahora, puesto que usted me libró un día del hambre, estoy dispuesto á comer mi pan seco con usted todo el tiempo que haga falta... No tenga miedo; lo que acabo de decirle no lo digo á nadie. Estas cosas pasan entre los dos. Pero naturalmente no voy yo á desanimar á los obreros anunciándoles la ruína próxima... Asociados estamos y asociados seguiremos hasta que las paredes se nos vengán encima.

Lucas con gran emoción le estrechó ambas manos. Y á la semana siguiente se conmovió más todavía al sorprender una escena que pasaba en el taller de los laminadores. Le habían advertido que dos ó tres obreros ligeros de cascos querían hacer lo que Ragú, procurando arrastrar cuantos obreros pudieran, y al llegar para restablecer el orden, vió á Bonnaire, en medio de los levantiscos, interviniendo con vehemencia. Se detuvo, escuchó. Bonnaire, valeroso, decía todo lo que había que decir, recordaba los beneficios de la casa, calmaba las inquietudes con la promesa de un porvenir mejor si se trabajaba de firme. Se imponía por su estatura, por guapo, y todos se aplacaban oyendo á uno de los suyos cosas tan razonables. Ni uno sólo hablaba ya de romper la asociación, las defecciones quedaron contenidas. Y Lucas no olvidó este espectáculo de Bonnaire, el buen gigante, apaciguando á los revoltosos con soberbio ademán, como héroe del trabajo que respeta la faena aceptada libremente. Pues se luchaba por el bien de todos, se hubiera creído un cobarde abandonando su puesto, aunque pensara que se hubiera debido luchar de otra manera.

Pero cuando Lucas le dió las gracias, de nuevo sintió el corazón lastimado por esta tranquila respuesta:

—Es muy sencillo, he hecho lo que debía... Pero no importa, señor Lucas, es preciso que le atraiga á mis ideas. De otro modo acabaremos todos por morir aquí de hambre.

Y pocos días después otro encuentro acabó de entenebreecer á Lucas. Bajaba del horno alto con Bonnaire y pasaron delante de los hornos de Lange. El alfarero se había obstinado en no dejar el estrecho terreno que se le abandonaba en la pendiente peñascosa y que había rodeado de una pared de piedra sin argamasa. En vano Lucas había querido llevarlo consigo ofreciéndole dirigir la fabricación de crisoles que había tenido que crear. Lange quería seguir libre, sin Dios ni amo como él decía. Conti-

nuaba pues, en el fondo de su salvaje agujero fabricando cacharrería ordinaria, las marmitas, pucheros y barreños que luego paseaba en un carricoche por los mercados y las ferias de las aldeas vecinas. El tiraba, la Descalza empujaba. Y aquella tarde volvían de una de sus excursiones cuando Lucas y Bonnaire llegaban á la puerta del recinto.

—¿Qué tal, Lange,—preguntó cordialmente el primero, —qué tal marcha el comercio?

—Siempre bastante bien para que el pan no falte, señor Lucas. Ya sabe usted que es todo lo que pido.

En efecto, no paseaba sus pucheros más que cuando el pan faltaba. Y lo demás del tiempo se entregaba á sus trabajos de alfarería que no eran para la venta; horas y horas los miraba con ojos soñadores, como poeta rústico cuya pasión era dar vida á las cosas. Hasta los objetos groseros que fabricaba, las ollas y barreños mostraban cierta graciosa sencillez, pureza de líneas, una gracia sencilla y arrogante. Hijo del pueblo, por instinto había dado con la primitiva belleza popular, esa belleza del humilde objeto doméstico, que nace de las proporciones perfectas y de la adaptación absoluta al uso á que se destina.

Impresionaba esta belleza á Lucas que examinaba algunas piezas no vendidas, dentro del carro. Y la presencia de la Descalza, la buena moza morena, tan hermosa, con sus miembros finos de combatiente, su seno pequeño y duro de guerrera, le llenaba también de una admiración mezclada de asombro.

—Eh, ¿qué tal?—añadió dirigiéndose á ella;—debe de ser trabajoso empujar todo el día?

Mas ella, criatura silenciosa, no hizo más que sonreír con sus grandes ojos de salvaje, mientras el alfarero respondía por ella:

—¡Bah! se descansa á la sombra, á la orilla del camino cuando se encuentra una fuente... ¿Verdad, Descalza, que no vamos mal, que somos felices?

Había vuelto ella hacia él los ojos que se llenaron de una adoración sin límites, cual si fuera el señor todopoderoso y bueno, el salvador, el dios. Luego, sin decir, una palabra, acabó de empujar hacia dentro el carricoche y lo colocó bajo un cobertizo. Lange la había seguido con una mirada de profunda ternura. Hacía á veces como que la trataba con rudeza, como vagabunda recogida en un camino cuyo domador quería seguir siendo. Pero ya era ella el ama; la quería con pasión que no confesaba, que ocultaba bajo su aspecto de hijo de aldeano zafio todavía. Este hombrecillo rechoncho, de cabeza cuadrada, de pelo y barba enmarañados cual maleza, era, en el fondo, de una infinita dulzura amorosa.

De repente añadió, con su franqueza brutal, volviéndose á Lucas á quien afectaba tratar como á un camarada:

—Y vamos á ver, ¿eso de la felicidad de todos parece que no marcha bien? Por lo visto no quieren ser felices en la forma que usted pide, esos imbéciles que consienten en encerrarse en su convento de usted.

Hablaba á lo socarron; así embromaba á Lucas siempre que lo encontraba, con motivo de la tentativa de comunismo fourierista de la Crêcherie. Lucas no hizo más que sonreír y Lange añadió:

—Se me figura que antes de seis meses se vendrá usted con nosotros, con los anarquistas... Se lo repito una vez más, todo está podrido, no hay más que echar por tierra la vieja sociedad, á fuerza de bombas.

Bonnaire, que hasta entonces había callado, intervino de pronto:

—¡Oh, á fuerza de bombas, qué imbecilidad!

El colectivista puro, no estaba por los atentados, por la propaganda por el hecho, aunque creía en la necesidad de una revolución general y violenta.

—¿Cómo imbecilidad?—exclamó Lange ofendido.—¿Cree usted que si no se preparan los burgueses vuestra famosa *socialización* de los instrumentos del trabajo ven-

drá nunca? Lo imbécil es vuestro capitalismo disfrazado. Comenzad por destruirlo todo para reconstruirlo todo.

Continuaron, en lucha la anarquía del uno con el colectivismo del otro, y Lucas ya no tuvo más remedio que oírlos. Tan lejos estaba Lange de Bonnaire, como este de Lucas. Oyéndolos, se les hubiera creído por la aspereza y malignidad de la disputa hombres de razas diferentes, enemigos seculares dispuestos á devorarse sin acuerdo posible. Y sin embargo querían la misma felicidad para todos los seres, se juntaban en el mismo objeto: la justicia, la paz, el trabajo reorganizado, dando el pan y la alegría á todos. ¡Pero qué furor todavía, qué odio agresivo, mortal en cuanto se trataba de entenderse acerca de los medios! A lo largo del camino tan arduo del progreso había, á cada alto, entre los hermanos en marcha, todos inflamados del mismo deseo de emancipación, batallas sangrientas por la simple cuestión de saber si se había de echar por la derecha ó por la izquierda.

—Y después de todo, cada cual es dueño de sí mismo,— acabó por declarar Lange.—Adormézcase usted si le place, camarada, en su nicho de burgués. Yo sé bien lo que debo hacer... Y la cosa marcha, marcha; los regalitos, las marmitas pequeñas que iremos á depositar el mejor día en casa del sub-prefecto, del alcalde, del presidente, del cura, ¿no es así, Descalza? Famosa excursión. ¡Je! ¡je! ¡La tal mañana ¡con qué gusto empujaremos la carreta!

La arrogante buena moza había vuelto al umbral donde destacaba soberana y escultórica entre las rojas arcillas del cercado. Otra vez brillaron sus ojos, sonrió como sierva que se ha entregado, dispuesta á seguir á su dueño hasta el crimen.

—Está en el ajo, camarada,—añadió Lange con tono brusco y tierno.—Me ayuda.

Lucas y Bonnaire se fueron, no enfadados, aunque no se entendían. Y caminaron un rato en silencio. Luego el obrero sintió necesidad de volver á sus argumentos de pro-

bar una vez más que no había salvación posible fuera de la fe colectivista. Condenaba á los anarquistas como á los fourieristas; á estos, porque no se apoderaban inmediatamente del capital, á los otros porque lo suprimían violentamente. Y Lucas pensaba otra vez que la reconciliación no era posible más que en la ciudad fundada al fin, cuando todas las sectas se aplacaran ante el sueño común realizado. Ya no habría disputas sobre el mejor camino, se habría llegado al fin deseado por todos y la paz fraternal reinaría. ¡Pero qué inmortal inquietud le causaba el largo camino que aún se había de recorrer, y qué temor tenía de ver á los hermanos devorarse unos á otros en su marcha!

Lucas volvió á su casa muy triste por estos continuos choques, obstáculos todos para su empresa. En cuanto dos hombres querían hacer algo, ya no se entendían. Después, en cuanto estuvo solo se le escapó aquel grito que sin cesar henchía su corazón.

—¡Si es que no aman; si amasen todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol!

También Morfain le daba qué pensar. En vano había querido civilizarle un poco haciéndole abandonar su agujero de roca para bajar á vivir en una de las casitas claras de la Crêcherie. El maestro fundidor siempre se había negado con obstinación con el pretexto de que allá arriba estaba más cerca de su trabajo, siempre alerta. Lucas se entregaba á él completamente, le dejaba dirigir el horno alto que funcionaba á la antigua, esperando las baterías de los hornos eléctricos, el empeño que perseguía Jordán sin cansarse nunca. Pero la causa verdadera de la obstinación de Morfain en no bajar á vivir entre los hombres que poblaban la ciudad nueva era el desdén, casi odio que le inspiraban. El, el Vulcano de los tiempos primitivos, el conquistador del fuego, el obrero aplastado después por la larga esclavitud, dando su esfuerzo como héroe resignado, acabando por amar la sombría grandeza del presidio á que

el destino le humillaba, irritábase ante esta fábrica cuyos obreros iban á ser señores, avaros de sus brazos, reemplazados por máquinas que niños guiarían pronto. Aquello le parecía pequeño, miserable; aquel afán de sufrir lo menos posible, de no batirse más con el fuego y el hierro. No comprendía siquiera; se encogía de hombros, sin una palabra en los largos silencios que guardaba durante días enteros. Y muy solo, muy orgulloso seguía al costado de su montaña, reinando sobre el horno alto, dominando la fábrica, que cuatro veces cada veinticuatro horas coronaban de llamas las sangrías brillantes.

Otro motivo además causaba el enfado de Morfain contra éstos tiempos nuevos de que no quería saber, cuyo soplo ni siquiera había rozado su ruda piel curtida por el trabajo, y ahora el corazón de este taciturno tuvo que sangrar horriblemente. Su hija Azulina, cuyos ojos eran el azul de su cielo, aquella hermosa y arrogante criatura, ama de su casa querida, desde la muerte de la madre, se vió en cinta. Morfain se irritó, después perdonó pues se decía que alguna vez había de casarse. Pero ya no hubo perdón cuando ella le confesó el nombre de su amante, el hijo del alcalde. Hace años que duraban las relaciones; se encontraban en los senderos de los Montes Bleuses, pasaban horas y horas en lechos olorosos de tomillo y alhucema bajo la libre brisa de las noches estrelladas. Aquiles, rompiendo con su familia, señorito á quien su burguesía aburría y disgustaba, había rogado á Lucas que le ajustara en la Crêcherie, donde era dibujante. Rompía todos los lazos, amaba donde y como quería, resuelto á trabajar por la mujer escogida libremente, evolucionando como hijo conquistado de la antigua sociedad condenada, que va hacia la edad nueva. Y esto era lo que angustiaba á Morfain hasta el punto de hacerle arrojar de casa á su Azulina, como á una perdida. Se había dejado seducir por un señorito, no había en su casa más que rebeldía y obra del diablo. Todo el antiguo edificio se hundía, ya que una hija

tan buena y tan hermosa había removido también una de sus armaduras, escuchando, tal vez pescando, al hijo del alcalde.

Después como Azulina, puesta en la calle, se había refugiado naturalmente en casa de Aquiles, tuvo Lucas que intervenir. La pareja no pensaba en casarse. ¿Para qué? Estaban bien seguros de amarse y de no separarse jamás. Para casarse hubiera necesitado Aquiles entenderse judicialmente con su padre y esto le parecía una complicación y una molestia inútil. En vano insistió Scœurette con la idea de que la moral, por la reputación de la Crêcherie, exigía todavía el matrimonio legal. Lucas llegó á obtener que cerrase los ojos, porque comprendía que con las generaciones nuevas poco á poco habría que aceptar la unión libre.

Pero Morfain no aceptaba tan fácilmente la situación, y Lucas tuvo que ir una tarde á convencerle. Desde que había expulsado á su hija el maestro fundidor vivía solo con su hijo Petit-Da y entre los dos arreglaban la casa y cocinaban, en su agujero abierto en la peña. Aquella noche acababan de comer una sopa y seguían sentados sobre taburetes delante de la tosca mesa de encina que habían construido ellos mismos á hachazos; la pobre lámpara que los alumbraba proyectaba sobre la piedra ahumada de las paredes sus sombras de colosos.

—Sin embargo, padre,—decía Petit-Da,—el mundo marcha, no se puede seguir inmóvil.

De un puñetazo, Morfain hizo temblar la pesada mesa.

—Yo he vivido como vivió mi padre, y vuestro deber sería vivir como yo vivo.

Por lo común estos dos hombres no cambiaban cuatro palabras en todo el día. Pero hacía algún tiempo que en medio de ambos iba creciendo cierta discordia, malestar que querían impedir; pero á veces estallaban disputas. El hijo sabía leer, escribir, se había ido interesando más y más por la evolución que llevaba su aliento hasta lo más hondo

de las hoces de la montaña. Y el padre en su gloriosa terquedad de no ser más que un sólido obrero, cuyo esfuerzo bastaba para domar el fuego y conquistar el hierro, se enfurecía al ver que su raza se bastardeaba con toda aquella ciencia y aquellas ideas inútiles.

—Si tu hermana no hubiera leído libros ni se hubiera ocupado con lo que pasaba por allá abajo, todavía estaría con nosotros... ¡Oh! la ciudad nueva, esa ciudad maldita que nos la ha quitado!

Esta vez su puño no cayó sobre la mesa, se tendió, por la puerta abierta, en la noche negra, hacia la Crêcherie cuyas luces brillaban como estrellas en el fondo de la pendiente de peñascos.

Petit-Da no replicó, respetuoso, turbada sin embargo la conciencia, pues sabía que su padre estaba disgustado con él desde el día en que le había encontrado con Honorina, la hija del tabernero Caffiaux. Honorina, pequeña, morena, de tipo fino, de rostro alegre y despierto se había enamorado de aquel gigante tan suave, que también la encontraba encantadora. En la discusión de aquella noche entre el padre y el hijo, en el fondo se trataba de Honorina, así que el ataque directo que el último esperaba llegó por fin.

—Y tú,—preguntó bruscamente Morfain;—¿cuándo vas á abandonarme?

Esta idea de separación pareció trastornar á Petit-Da.

—¿Pero por qué he de abandonarte, yo?

—¡Oh! cuando hay una muchacha por medio, solo puede resultar la ruina de todo, entre riñas... Y vaya una cosa que has ido á escoger. ¿Piensas que van á querer dártela; son razonables matrimonios semejantes, que confunden las clases, el mundo al revés, el acabóse?... He vivido demasiado.

Con suavidad, con dulzura, el hijo se esforzó por aplacar al padre. No renegaba de su amor por Honorina, pero hablaba de él como joven razonable, decidido á tener

paciencia y esperar mientras fuera preciso. Más tarde se vería. ¿Qué mal había en que se hablasen con cariño, cuando se encontraban, aquella joven y él? Si no eran de la misma esfera, eso no impedía que pudieran gustarse, y aunque las clases se mezclaran un poco, ¿no traería esto la ventaja de conocerse y quererse más?

Pero, rebosando cólera y amargura, Morfain, se levantó de repente, y con un grande ademán trágico, bajo el techo de roca que tocaba casi con la frente, exclamó:

—¡Vete, vete cuando quieras!... Haz lo que tu hermana; escupe á todo lo que es respetable, pierde la vergüenza, arrójate á la locura. Ya no sois mis hijos, ya no os conozco, alguien os ha cambiado... ¡Que me dejen sólo en este agujero salvaje, y que las mismas rocas acaben por desplomarse y aplastarme!

Lucas había oído, al llegar al umbral, estas palabras últimas, y se detuvo. Le impresionaron mucho, porque estimaba muy de veras á Morfain. Mucho tiempo estuvo procurando convencerle. Pero, en cuanto entró el amo, el obrero se tragó su pena para no ser más que el obrero, el subordinado sumiso entregado á su oficio. No se permitía siquiera juzgar á Lucas, causa primera de estas abominaciones, que trastornaban el país y que á él le hacían padecer. Los patronos seguían siendo dueños de obrar á su antojo; á los obreros les tocaba ser honrados y cumplir con su trabajo, como los antepasados habían hecho.

—No haga usted caso, señor Lucas; es que yo tengo mis ideas, y me enfado si me contradicen. Esto pasa de raro en raro; ya sabe usted que hablo poco... Y puede usted estar seguro, esto no perjudica al trabajo; siempre estoy ojo avizor; no se hace una sangría sin que yo esté presente... Cuando hay penas se trabaja de firme, ¿verdad?

Procuró Lucas poner paz en aquella familia, deshecha por la reforma de que él era apóstol; pero Morfain estuvo á punto de irritarse otra vez.

—No, no, basta; ¡que me dejen en paz!... Si ha venido



usted para hablarme de Azulina, ha hecho usted mal, señor Lucas; porque es el medio más seguro para empeorar las cosas. ¡Que se esté ella en su casa, como yo estoy en la mía!

Y queriendo romper la conversación, pasó de repente á otra cosa, dando una mala noticia que entraba por mucho en su humor endiablado:

—Puede que hubiera ido ahora mismo á decirle que he estado esta mañana en la mina, y que la esperanza de encontrar el filón de mineral rico se ha vuelto á perder... Y con todo, hubiera jurado que se encontraría infaliblemente en el fondo de la galería que habia indicado... Pero, ¡qué quiere usted! nos persigue la mala suerte en todo lo que emprendemos de algún tiempo á esta parte; nada sale bien!

Estas palabras resonaron, para Lucas, como si tocaran á muerto por sus grandes esperanzas. Siguió un rato hablando con el padre y el hijo, los dos colosos. Morfain le desesperaba, como último testigo de un mundo desaparecido; con su cabeza enorme y su ancha frente agrietada y envejecida por el fuego. Sus ojos de llama, su boca torturada de un rojo leonado de quemadura. Y se fué, bajo agobiado por una tristeza más amarga, preguntándose sobre qué montón de ruínas gigantescas, aumentadas sin cesar, tendría que fundar su pueblo.

En la misma Crèche, en la intimidad tan apacible, tan suave de Sœurette, encontraba Lucas causas de desaliento. Continuaba la joven recibiendo á Marle el cura, al profesor Hermeline y á Novarre, el médico; y tan contenta se mostraba, viendo concurrir á su almuerzo en tales días á su amigo Lucas, que éste no se atrevía á rehusar la invitación, á pesar del vago malestar que le producían las continuas disputas del maestro y del clérigo. Tranquila el alma, Sœurette no padecía con ellas, y creía que á él le interesaban, en tanto que Jordán, envuelto en sus mantas,

meditando absorto algún experimento comenzado, parecía escuchar con vaga sonrisa.

Cierto martes, la disputa fué muy fuerte al acabar el almuerzo. Hermeline la había tomado con Lucas, por causa de la instrucción que se daba á los niños en la Crèche, en cinco clases mixtas, cortadas por largas horas de recreo y otras empleadas en los talleres de aprendizaje. Esta escuela nueva, en que se seguía un método diametralmente opuesto al suyo, le habia quitado discipulos, y esto no lo perdonaba. Su rostro anguloso, de frente menuda, de labios delgados, palidecía de comprimida cólera á la idea de que se pudiera creer en otra verdad que la suya.

—Podría pasar por eso de los chicos y las chicas en montón, aunque no me parece muy decente. Los muchachos ya tienen bastantes instintos malos, diabólicas fantasías, cuando se separa los sexos, sin que se vaya á concebir la extraordinaria idea de reunirlos para excitarlos y corromperlos más juntándolos. Debe de ser gracioso lo que pasa por los rincones, en cuanto se les vuelve la espalda... Pero lo que es de todo punto inaceptable, es la autoridad del maestro destruida, la disciplina reducida á nada, desde el momento en que se invoca la personalidad de esos chiquillos y se les deja dirigirse á sí mismos á su antojo. ¿No me ha dicho usted que cada alumno sigue su inclinación, se consagra al estudio que le place, con libertad de discutir su lección? A eso lo llamáis suscitar energías... Y luego, ¿qué estudios son esos en que todo se vuelve jugar, en que los libros se desprecian, en que la palabra del maestro no es infalible, en que el tiempo que no se pasa en el jardín, se pasa en los talleres, cepillando madera ó limando hierro? Ciertamente que es bueno aprender un oficio manual; pero hay tiempo para todo, y lo primero es hacer entrar en la dura mollera de esos holgazanes, á mazo, toda la gramática y todo el cálculo que se pueda!